

## CAPÍTULO XIX.

Ambos *Quijotes*. — Paralelo entre Cervantes y Alarcón. — Fin de este estudio.

La publicación de la segunda parte del *Quijote* fué un torneo de ingenio.

Presentóse de mantenedor un encubierto caballero. Hizo ostentación de su destreza y gallardía. Cervantes salióle al encuentro; mostró las suyas, y la confianza en ellas. El popular aplauso lo declaró vencedor. Corrido quedó el encubierto. Jamás volvió á pugar con Cervantes.

Hasta el año de 1732 (1) no se vieron elogios de *El Quijote* de Avellaneda. El poeta y docto D. Agustín de Montiano y Luyando y el erudito D. Blas Nasarre escribieron grandes alabanzas de esta obra. Ceñudos críticos del último siglo creyeron hallar en ellas un designio de oscurecer el mérito de Cervantes, al descubrir el de su

---

(1) Segunda edición del *Quijote* de Avellaneda (Madrid). Ebert, en su libro *Allgemeines bibliographisches lexicon*, dice que la segunda fué en Madrid, año de 1615. El Sr. D. Cayetano Alberto de la Barrera creía que el libro citado era un ejemplar, con fingida portada, de la edición segunda hecha en 1732. En esta hay de notable la casualidad, que ninguno hasta hoy ha visto, de ser aprobante el licenciado D. Francisco Domingo, presbítero beneficiado en la iglesia parroquial de ALIAGA. Opínase que el erudito irascible D. Blas Nasarre fué quien la escribió á su nombre.

adversario. Llevaron poco sufridamente que no se acata-se el fallo que Cervantes Saavedra dió acerca de este libro, al afirmar que *es tan malo*, que si él se hubiera puesto á hacerlo peor, no acertara: carga no para los hombros, ni asunto para el resfriado ingenio del autor tordesillesco.

Teníase por inapelable el juicio de Cervantes; nadie consideraba que podía ser dictado por la indignación ante los ultrajes de su persona, ó por el desprecio hacia quien osó poner la mano en su gran obra, ó por ambas cosas. Se ha mirado el libro de Avellaneda con la prevención del afecto á Cervantes; de la simpatía hacia su nombre, por sus desgracias y sus merecimientos; y se han visto como propios los agravios, como acontece en los que bien se quieren.

En nuestros días han comenzado los críticos á abandonar este apasionamiento y á juzgar con más imparcialidad en el asunto. El Sr. Rossell (1) dice que *El Quijote* de Avellaneda, si bien en el estilo con frecuencia adolece «de faltas de buen gusto y de cierta pesadez mal avenida con los donaires que pretende poner en boca de sus interlocutores», tiene «al cabo artificio y no pocas veces habilidad en las descripciones, así como en la parte de locución soltura bastante, práctica, propiedad de voces y destreza en la manera de construir la frase.»

Este distinguidísimo erudito, con acrisolada perspica-

---

(1) *Biblioteca de Autores Españoles: Novelistas posteriores á Cervantes*; tomo décimotercero. En este volumen reimprimióse *El Quijote* de Avellaneda. Ya antes, en este siglo, se había hecho otra edición en Madrid, año de 1805, suprimiendo la novela episódica del *Rico desesperado* y el cuento de los *Felices Amantes*.



cia, entrevió la persona de Alarcón, es decir la de un hombre de gran ingenio, en la de Avellaneda, cuando exclama: «Todo, pues, nos hace creer que, si en su *Ingenioso Hidalgo* quedó Avellaneda muy inferior á Cervantes, en una composición ideada por él y acomodada á sus fuerzas hubiera quizás alcanzado legítima nombradía.»

El Sr. D. Francisco María Tubino, con agudísima discreción y no menor estudio, opina (1) que Avellaneda «no fué un escritor mediocre y vulgar»; que, ó mucho se engaña, «ó hay motivo bastante para afirmar que alentaba grandes y dilatadas pretensiones literarias», y que no faltaron á su autor talento, inventiva, letras y doctrina, siquiera carezca de gusto; «y que si se observa que Cervantes tuvo presente algo de su novela, habrás de conceder que no se trataba de que carecía de todo renombre, mérito ó importancia.»

En este juicio igualmente vislumbra el Sr. Tubino, entre las sombras que rodeaban al fingido Avellaneda, á un D. Juan Ruiz de Alarcón y Mendoza, sin el perfecto gusto literario que alcanzó éste al escribir sus últimas y mejores obras.

¿Qué resta para completar el presente estudio? Un paralelo entre Miguel de Cervantes y D. Juan Ruiz de Alarcón.

El primero tomó por fundamento del *Quijote* la primitiva idea de un labrador que de leer el *Romancero* vino en la locura de aspirar á ser semejante á uno de los héroes

(1) *Cervantes y El Quijote, estudios críticos.*

de romances, y procediendo en todo y creyéndose en ocasiones ya uno ya esotro de los personajes en ellos cantados. Cervantes siguió en esto á sí propio: su *Entremés de Romanos ó Romances*.

Alarcón, en su *Quijote*, lleva la mira puesta en que su héroe vaya á parar á la casa del Nuncio en Toledo. En los últimos cinco capítulos se prepara á este objeto el fin de la *Segunda parte*. ¿Qué recordó Alarcón para todas las aventuras en casa del Archipámpano? El baile de *Los Locos de Toledo*, que se representó y dió á la estampa con la comedia *La Guarda cuidadosa*, de Miguel Sanchez (el Divino).

Así empieza:

Domingo de Cuasimodo,  
En la procesion que hicieron  
El Cabildo y clerecía  
En el famoso Toledo;  
Cuando con aplauso y pompa  
Salen al recibimiento,  
Y el Nuncio á ricos altares  
Ofreció oloroso incienso,  
*Los locos* con cascabeles  
Y con varios instrumentos,  
Vestidos de mil colores  
Y jirones muy diversos,  
A la reja con las locas  
A ver las fiestas salieron;  
Y, alegres de verse juntos,  
Aquesta letra dijeron:  
«Oxte, Morena; oxte, Morena...  
—Escucha, que soy condesa.  
—Pues yo soy emperador.  
—Yo soy rey y gran señor.  
—Yo emperatriz.—Yo marquesa;  
Y si te pesa,



*Archipámpano seré (1).  
Ozte, Morenica; ozte, Morena.*

En Cervantes es D. Quijote un loco hasta la furia, tratándose de la ocasión única de su demencia; que es, la exaltación de su ánimo por la lectura de los libros de caballerías y el *Romancero*, imaginando verdaderas todas las aventuras de aquellos, y queriendo imitarlas, unas veces como andante caballero y otras como héroe de romances. Acomoda lo más de cuanto ve y le sucede, á semejantes sucesos y hazañas. Aparte de esta manía, que llega en ocasiones, como he dicho, al frenesí, piensa y habla, ya como un gran filósofo, ya como un orador eminente, ya como un discreto político, ya, en fin, como una persona ilustradísima en muchas ciencias y doctrinas. El *Don Quijote* de Cervantes tiene todas las condiciones de un sujeto bastante á honrar á una nación y á un siglo, si se hubiera circunscrito á ser un grande hombre en lo que verdaderamente y posible era grande, en vez de empeñarse en serlo por lo que jamás podía ser, por convertir quimeras en realidades.

La pintura de este carácter es la más sublime enseñanza de su libro: ese carácter, vehementísimamente apasionado por lo fantástico y absurdo, hasta querer practicar todo esto; ese carácter, digo, de que tantos ejemplos

(1) No se sabe quién fué el autor de este baile entremesil. Después de dictar Sancho una carta para su mujer, á fin de decirle que queda él y ha de venir ella á servir al Archipámpano, exclama, como el cantor del baile: «Pues á fe que lo ha de hacer, ó sobre esto, *ozte, Morena.*» El recuerdo de esta frase proverbial está unido al del baile de *Los Locos de Toledo*.

nos ofrece la naturaleza aplicado á diversas teorías, y teniendo por divisa lo de que no puede haber imposible sino en la muerte, es lo más dañoso á las personas como personas, cuando todo se reduce á ellas; y á las sociedades ó naciones, cuando las quimeras se dirigen á ellas. Su fin no es otro que esta verdad incontrovertible y desengañada, aunque tan poco ó tarde conocida: *buscar en infortunios las felicidades.*

El *Don Quijote* de Alarcón no pasa del loco del entremés de *Romances*: loco encerrado siempre dentro de los límites amplísimos de su demencia. Más aún: sin duda creyó que Cervantes, al pintar así á D. Quijote en los diez primeros capítulos de su obra, había trazado un cuadro con perfección suma; y que este y no otro era su carácter propio, el correspondiente, el verosímil; y que en los demás actos, como en la pintura de la Edad de oro, en el discurso de las armas y las letras, y otros pasajes parecidos, el *Ingenioso Hidalgo* recuperaba tan de todo en todo el raciocinio que no parecía posible que quien con tan alto criterio pensaba y con concertadas y discretas razones decía su sentir, siguiese en sus locuras desahoradas. Alarcón no imita otra cosa que al Quijote de aquella parte del libro de Cervantes.

El Sancho Panza de Cervantes es sencillo y no simple; profiere candideces, al par de discreciones; rusticidades juntamente y agudezas; inocencias y malicias. El de Alarcón no habla otra cosa que simplicidades. Sus gracias consisten en la fuerza de ellas. Aquél aplica refranes con feliz oportunidad; éste con ninguna. Un autor buscaba el agrado de sus lectores en las ingeniosidades



de un hombre grosero y crédulo, que vacila entre la realidad de lo que ve y lo que le hace ver su señor, á quien respeta y quiere; hombre, en fin, que mueve á risa por sus dichos tan á propósito. El otro autor prefería provocar esta misma risa por las sandeces á toda sandez de su Sancho Panza, y por la grosería á toda grosería de sus expresiones, en oposicion á los altos discursos de su amo, y del atildado estilo de los caballeros ú otros sujetos con quienes discurre.

El Sancho de Avellaneda observa, sí, el mismo proceder que Motín, el gracioso de la comedia de Alarcón, en *La Culpa busca la pena*.<sup>1</sup>

Sí haré, que soy cuerdo  
Y de don Beltrán me acuerdo  
En habiendo polvareda;  
Y perderme no querría.  
. . . . .  
. . . . . Y un criado  
Que se arriesga, ¿ en qué se fia,  
Si es fuerza que salga mal  
De todo? pues en riñendo,  
Para en la cárcel, hiriendo;  
Y herido, en el hospital.  
Y en efecto, el servir yo  
Es por ganar la comida,  
Para asegurar la vida,  
Que para arriesgalla, no (1).

(1) En esta comedia parece recordar Alarcón el *Quijote* tordesillesco. Motín pinta una batalla que sostuvo contra cuatro feroces gigantes, en defensa de su amo. En otro lugar, hablándose de las *sierpes de Libia*, dice el gracioso Motín, refiriéndose á las mujeres:

Harto serpe es cada una.

En el cap. XXVIII se lee: Bárbara, le dijo, «¡Ea, ya, león!», y Sancho le respondió: «¡Ea, ya, serpe!»

Sin embargo, una vez quiere emprender una aventura para ser armado caballero; y apenas lo intenta, sale huyendo asombrado de sí mismo. Más tarde quiere combatir con el escudero de un gigante; y halla tales inconvenientes é inventa tales excusas, que el desafio no se realiza por medio de las armas.

El Sancho Panza de Cervantes nunca llega á pensar siquiera en emprender hazañas caballerescas. Lo que lo desengaña de su inhabilidad para el gobierno de la ínsula es el simulacro de batalla que le inventan.

Cervantes fingió que su héroe habia creado una mujer, á la que llamó Dulcinea del Toboso; si bien, como no le era posible darle cuerpo, habia aplicado todas las perfecciones bosquejadas con caprichoso pincel en la fantasía, á una persona á quien jamás viera, moradora en un lugar vecino á su aldea. Enamoróse perdidamente de las ideales prendas de la señora de sus pensamientos. Guardaba en él aquella imagen con adoracion perpetua; en cuanta empresa acometía no llevaba otro fin que su mayor gloria; cuantos trabajos pasaba se dirigian á más y más merecer, á más y más servirla, y más y más idolatrarla. El culto no podía amenguar en manera alguna. Lo que no veía ni trataba, jamás podia á sus ojos parecer inferior, ni extinguir aquel vivo fuego, ó por el conocimiento de algunas faltas ó por la vehemencia de algunos desengaños, de la que habia hecho *Princesa y gran señora*.

Alarcón, por el contrario, no quiere que venere su D. Quijote á una persona ideal, si no que una realidad de todo en todo opuesta á la *Princesa y gran señora*, se con-



vierta por él en una imagen de belleza, discreción, nobleza y gallardía, no obstante lo mismo que está viendo. No placian á Alarcón enamoramientos fantásticos. En *La Amistad castigada* critica otros parecidos, en esta forma :

—¿No es fácil, si tiene  
Tanta hermosura mi ama?  
—Engañaste, que jamás  
La he visto.—Pues estarás  
Enamorado por fama:  
Que es muy señoril acción  
A una famosa beldad  
Amarla por vanidad  
Más que por propia afición.  
Hombre conozco yo aquí  
Que lo tiene por oficio.  
—De poco seso da indicio.

Quiso, pues, esforzar el colorido del carácter de D. Quijote. Por eso lo pinta desamorado de Dulcinea del Toboso. En cambio, y como contraste, cree que una pública perdida, llamada Bárbara, asquerosa, de alguna edad, traída y llevada, con un chirlo en el rostro, mondonguera conocida en Alcalá, es una hermosísima señora, á quien denomina *la Reina Cenobia*. No está prendado de ella, porque ya era el *Caballero desamorado*; pero quiere defender en desafío la belleza de Bárbara contra cuantos caballeros la contradigan; llévala consigo por varias partes hasta la corte, respetándola como á tal reina; y le ofrece restituírle el dominio de sus estados por la sola fuerza de su brazo. Su imaginación convierte las ridículas faltas y el aspecto repugnante de Bárbara en una serie de sublimes perfecciones. Inútiles son sus ojos: no ve con ellos sino con su fantasía.

No acontece tal en el *Don Quijote* de Cervantes (1) cuando Sancho le presenta, como Dulcinea, una zafia y fea labradora. El héroe manchego la ve tal como es; no hay engaño posible: ni su desvanecimiento ni su exaltada y amorosa imaginación le persuaden á que Dulcinea haya degenerado de tal suerte.

Hay en uno y otro Sancho Panza dos distintas circunstancias en su manera peculiar de expresarse, en relación directa con los escritos de cada uno de estos autores.

Alarcón, por ejemplo, da vigor á los razonamientos de Sancho con exclamaciones repetidas de *¡Mal año!* *¡Mala ó buena Pascua!* y frases contra *Júdas* y contra *Barrabás*, que luego con alguna frecuencia se hallan en sus comedias, por serle favoritas (2).

Cervantes, en el *Quijote*, reproduce el pensamiento de equivocarse Sancho Panza muchas veces los nombres, dan-

(1) *Segunda parte.*

(2) El Sr. D. Luis Fernandez-Guerra, en su precioso y muy citado libro de *Alarcón*, para conocer las obras del mismo, seguía el criterio mio en el caso presente, que es aprendido de su excelente modo de juzgar al poeta mejicano. «Alarcón, dice, *se copiaba á sí mismo*; repite en sus comedias algunos epigramas traducidos del latín, y no pocos pensamientos y afectos bizarramente formulados» (Parte II, capítulo XIII). «No menor vínculo de parentesco enlaza, en giros y frases muy peculiares del indiano, á *Siempre ayuda la verdad con anteriores comedias suyas*. Tal identidad en las situaciones y en la manera de expresarlas, evidencian que ambas obras se han vaciado en una misma turquesa» (Parte III, capítulo III).

Ahora recordaremos algo en exacta prueba de lo que afirmo en el texto. *¡Mal año!* (*Los Favores del mundo*), *¡Buena Pascua!* (*idem*), *¡Buena Pascua, loco estoy!* (*Las Paredes oyen*), Como